

EL PROBLEMA DE LA REUNIFICACION ALEMANA A LA LUZ DE LAS PROXIMAS ELECCIONES

En una democracia y en un año parlamentario todo se edifica en razón directa de las elecciones y no hay ningún problema político, grande o pequeño, que no se enfoque en razón de la consulta electoral.

Alemania no constituye una excepción y desde el precio del pan a los seguros sociales, pasando por las reivindicaciones territoriales, todo constituye un banderín de enganche en nombre de la política Partidista. Sin embargo, los grandes temas que en el curso de las semanas pasadas han agitado a la opinión pública constituyen problemas de dimensión nacional y de un alcance internacional, tal que sobrepasa los límites de una mera campaña partidista. Habrán podido oposición y Gobierno tratar de utilizarlos para sus específicos fines electorales, pero el interés nacional los ha elevado a una categoría por encima de las discusiones entre socialistas y liberales, y democristianos.

El gran problema nacional de Alemania y que todos los Partidos incluyen en su programa es la reunificación.

Si hay un problema que llegue al corazón de todos los alemanes en cualquier lugar en que se encuentren es éste. Cuando se habla de reunificación, todos los demás asuntos pendientes pasan a segunda fila.

Pero bien entendido: la reunificación no alude a la integración en la República Federal de los territorios perdidos a lo largo de las fronteras occidentales de Alemania como consecuencia de la derrota militar, sino que se refiere única y exclusivamente a las zonas perdidas en favor del mundo soviético.

Como consecuencia del Tratado de Potsdam de 1945, la línea del río Elba divide aproximadamente, de Norte a Sur, en dos los territorios que integraban el Estado alemán hasta 1937, fecha en que, comenzado el expansionismo nacionalsocialista, se ensancharon las fronteras hasta constituir la Gran Alemania de los ensueños hitlerianos. Al oriente del Elba se produjo una alegre redistribución territorial, acompañada de

una de las más feroces expatriaciones forzadas colectivas que la Historia registra y de cuyo detalle pienso ocuparme más adelante por extenso. En este reparto, Rusia, con la aprobación explícita o tácita de Occidente en aquellos días de inconsciencia que siguieron a la guerra, hizo y deshizo a su antojo, pero sabiendo hábilmente mezclar a Polonia —siempre derrotada y siempre amedrentada ante sus vecinos—, para no aparecer como única beneficiaria del arreglo.

En efecto, Rusia comenzó por atribuirse una amplia faja en Polonia del Este y una sustanciosa porción de la Prusia oriental, con Königsberg como centro. Y, para indemnizar a Polonia de lo que ésta perdía en beneficio de la U. R. S. S., Moscú la hizo donación a Occidente de Silesia, Posnania, el resto de Prusia oriental e incluso Stettin y la desembocadura del Oder al mar Báltico. Finalmente, entre esa línea Oder-Neisse, que limita por el Oeste Polonia con Alemania, Rusia creaba, con Sajonia, Turingia, Brandenburgo y Mecklenburgo, es decir, hasta la línea del Elba, un nuevo Estado alemán, cuyas riendas entregaba a hombres de su confianza.

Como consecuencia, la reunificación de Alemania sólo puede llevarse a cabo mediante el entendimiento de Bonn con dos Gobiernos extranjeros (los de Moscú y Varsovia) y con una administración también alemana (la de Pankow), cuyo reconocimiento se trata de eludir.

Si la Alemania Federal “desconoce” a Pankow no puede, sin embargo, ignorar a Varsovia. Y cada vez que en la Alemania occidental se habla de reunificación, los que más afectados se sienten son los polacos. Moscú, a cada gesto de Bonn en favor de la reunificación, contesta siempre en los mismos términos: “Entiéndanselas ustedes con Pankow.” Pankow ofrece sus condiciones. Pero Varsovia se siente simplemente amenazada y apela a los sentimientos nacionales, mostrando el peligro del irredentismo germánico, del que ya ha tenido tantas experiencias en los tres últimos siglos.

El Gobierno polaco, el día 8 de febrero, acusaba, por boca de su Ministerio de Asuntos Exteriores, al Gobierno Federal alemán de llevar a cabo “una política revisionista” y los periódicos de la ciudad del Vistula atacaban duramente al doctor Adenauer y, más particularmente, a su ministro de Asuntos Exteriores, como portavoz, decían, de los intentos alemanes de rectificar una frontera que Polonia considera como definitiva. En los propios artículos se hacía ver que todas las reclamaciones alemanas de reunificación y de rectificación de fronteras que

ahora se hacen todos los días con vistas a las elecciones no son sino expresión del miedo de la República Federal a que, como consecuencia de un acercamiento polaco-norteamericano (que tiene su origen en el interés de los Estados Unidos en ayudar a Polonia para que pueda mostrar cierta independencia frente a Rusia), los Estados Unidos acaben por reconocer el carácter definitivo de las fronteras del Estado polaco nacido en la Conferencia de Potsdam. "La República Federal—concluye el diario polaco *Tribuna Ludu*—hace todo lo que puede para poner obstáculos en el camino del entendimiento de los Estados Unidos con Polonia".

Pero Polonia no ignora que el mantenimiento de la frontera Oder-Neisse y el incremento de su extensión territorial a costa de Prusia oriental sólo depende, en definitiva, del apoyo de Rusia. Mientras Rusia sostenga tales fronteras, Occidente no podrá cambiarlas sin recurrir a la fuerza. Por consiguiente, el camino de guardar lo conquistado pasa a través del entendimiento con la Unión Soviética. Y a este efecto, el día 5 de marzo se apresuraba a firmar con la Unión Soviética un Acuerdo en virtud del cual se delimitan las fronteras de los "territorios del mar Báltico", frase con la que se alude, sin mencionarla, a Prusia oriental, cuya histórica designación, como algún periódico alemán dice, "se trata de hacer desaparecer para siempre de la geografía universal".

Esta frontera, como todas las de Polonia, era, en virtud del Acuerdo de Potsdam y hasta que se firmó el tratado de Paz, provisional, pero abandonada la esperanza de llegar a tal Tratado, Moscú y Varsovia han buscado darle un carácter definitivo sin la participación, prevista en Potsdam, de los técnicos ingleses y norteamericanos, que debían haber formado parte de la comisión delimitadora de las fronteras polacas. Varsovia se siente así más segura y Moscú sabe que, mediante este Tratado, aprisiona aún más a Polonia, haciéndola ver que, si quiere mantener sus fronteras, debería mantenerse sumisa. Tal advertencia no deja de causar su impresión en un país que, como Polonia, recuerda sus pasados rozamientos con Alemania y teme las consecuencias que pudieron derivarse de obtener éxito las pretensiones alemanas de reunificación.

La realidad es que Varsovia—que se mueve desorientada entre una dictadura comunista y la importación del "Rock and Roll", que da bandazos desde la petición de ayuda a Estados Unidos hasta la firma de un tratado de fronteras con Rusia—constituye una prenda de juego de

manos de Rusia y el propio Gobierno de Varsovia se da cuenta de ello al contemplar el interés con que la U. R. S. S. busca el acercamiento a la República Federal alemana y teme—quizá no sin razón—ser sacrificada en aras de un entendimiento entre Bonn y Moscú. Puede Polonia obtener la aprobación de Belgrado (artículo de “Política” de 10 de febrero) y proclamar desde las tribunas comunistas yugoslavas que “la seguridad de Polonia y la estabilidad europea son bien separables”; pero Varsovia sabe que toda la ayuda yugoslava sería nada si, como pago de un entendimiento entre Moscú y Bonn, la U. R. S. S. se mostrase dispuesta a abandonar la defensa de las fronteras polacas.

Que tal peligro existe, aunque no haya tenido ninguna formulación verbal o escrita, lo deduce el Gobierno de Gomulka de la carta que el mariscal Bulganin dirigió al doctor Adenauer el 10 de febrero. El contenido de la carta hace referencia a una serie de temas que revisten principalmente carácter económico, pero en su tono amistoso habla repetidamente de la necesidad de “reforzar la confianza y establecer una colaboración cordial entre los dos países”, colaboración que es indiscutible que Rusia tiene que pagar con algo. Por eso, a renglón seguido, Bulganin se refiere al problema de la reunificación, “que a los alemanes, a ambos lados de la línea de demarcación, conmueve profundamente”, prometiendo toda la ayuda posible para que pueda conseguirse. Bulganin, en su mensaje, no menciona a Polonia ni a los territorios alemanes que se encuentran bajo la administración polaca; se limita a defender al Gobierno que tiene montado en Pankow y hace ver al canciller Adenauer que la pretensión de ignorar la existencia real de éste no puede conducir al logro de la ansiada reunificación. Pero añade aún más: “Hay que vencer muchas dificultades para aproximar el día en que se logre la reunificación alemana, y para ello es preciso que hagan esfuerzos conjuntos todos los Estados (plural que, sin duda, puede incluir a Varsovia) interesados en el problema. Y cuanto antes se logre, mejor.”

El plan soviético, tal como se deduce de la carta de Bulganin, consiste aparentemente en el mantenimiento del viejo principio soviético de que la reunificación es un asunto exclusivamente de Bonn y Pankow, con lo cual trata de conseguir para este Gobierno el reconocimiento de las autoridades federales alemanas. Y aunque no contiene ninguna oferta nueva concreta, no cierra la puerta a un posible avance hacia una solución del problema de la reunificación, y en un largo artículo de Nicolás Benckiser, aparecido en el *Frankfurter Allgemeine* de 11 de febrero, así

se reconoce; y, después de examinar la evolución de la postura soviética respecto a los problemas paralelos del desarme y la reunificación, concluye diciendo: "Pero también tal evolución puede dar un nuevo impulso, al fin y a la postre, al tema de la reunificación."

El doctor Adenauer, en su contestación a Bulganin—y no se olvide que estamos en un año de elecciones—, ha subrayado que la Alemania oriental no es un Estado, sino que, "de acuerdo con todas las normas jurídicas comúnmente aceptadas, es, simplemente, una zona de ocupación soviética donde la población carece de libertad política. No hay dos Estados alemanes, sino uno solo". Pero saliendo al paso de las repetidas manifestaciones de la socialdemocracia de que es preciso mantener contacto con Rusia, el canciller ha reconocido que en la carta del mariscal Bulganin hay puntos sobre los que cabe una posible discusión fructuosa.

No cierra la puerta a unos Acuerdos de índole económica (el embajador soviético, señor Smirnov, hizo una visita de una hora de duración, el día 5 de febrero, al ministro de Economía, señor Erhard) o consular, con lo que queda abierta la posibilidad a unas inmediatas negociaciones germano-rusas que no se sabe todavía dónde tendrán lugar, ni quiénes participarán en ellas, pero que, una vez iniciadas, pueden llevar a cualquier terreno. Ya se habla de una próxima visita del ministro de Comercio Exterior soviético Mikoyan a Bonn, en el próximo mes de abril, con ocasión de celebrarse la feria industrial internacional de Hannover, e incluso no se descarta la posibilidad (que no ha tenido ninguna confirmación de fuente oficial) de un nuevo viaje del doctor Adenauer a Moscú. Lo que es indudable es que siempre, y más en un año electoral, las concesiones que pueden hacerse en el camino de la reunificación son muchas.

Así lo han comprendido los polacos, y en cuanto al texto de la carta de Adenauer, ha sido dado a la publicidad. El ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Rapacki, ha aparecido en Moscú, ocasión que aprovechó, dicen los informes procedentes de la capital soviética, para hablar con Gromiko acerca de la política del nuevo ministro soviético respecto a Alemania. Es más, algunos observadores extranjeros en aquella capital aseguraban que no podía descartarse que el Kremlin estuviera dispuesto a tomar la iniciativa en el problema de la reunificación, haciendo una oferta concreta sobre la frontera Oder-Neisse, que, en el Tratado de límites entre la Unión Soviética y Polonia, no ha sido rozada.

Es indudable que nos encontremos en un momento en que por las razones que sean, el Gobierno soviético trata de atraerse al Gobierno Federal alemán, y así lo ha manifestado rotundamente el 17 de febrero el embajador Smirnov durante una recepción en la nueva embajada rusa en Rolandswerth, un suburbio de Bonn: "Los alemanes no deben olvidar que en un tiempo fueron muy buenas las relaciones ruso-alemanas, y queremos—dijo el embajador—que así vuelvan a ser; que lleguen a ser tan buenas como lo fueron antes de la guerra."

El diálogo entre Moscú y Bonn y la intervención polaca se han hecho a espaldas del tercer interesado en la reunificación, es decir, del Gobierno de Pankow, que, al menos oficialmente, no ha intervenido para nada en el enfoque y resolución del problema planteado. Pero para no quedar atrás y encontrarse de repente ante una resolución tomada a sus espaldas, el presidente del Consejo de Ministros de la zona soviética pronunció un discurso glosando un plan original de Ulbricht, secretario del Partido Comunista de la zona, para tratar de obtener, "no una solución intermedia en el camino de la reunificación, sino un arreglo permanente". En este sentido, el Partido Comunista alemán cree que la solución es el establecimiento de una confederación que, según Grotewohl, es "una unión fundamental y permanente de varios Estados independientes mediante un Acuerdo Internacional, y para la consecución de determinados objetivos políticos comunes".

Tal confederación, añadió, no es una solución ideal, sino un paso que permitirá el acercamiento de las dos Alemanias, conservando sus actuales formas políticas, sus sistemas de vida y su estructura interna. Con tal Confederación no se crearía ningún supraestado, sino que el Consejo que se montaría para las dos Alemanias se limitaría a servir de órgano de negociación entre las dos partes interesadas. El citado Consejo carecería de fuerza coactiva alguna y representaría la realización de la vieja idea comunista de reunir "todos los alemanes en torno de una misma mesa".

El discurso, que no ha tenido demasiado eco fuera de las fronteras de Alemania, o, más propiamente, fuera de las fronteras de la zona soviética, muestra claramente el temor de Pankow a no ser consultado ante la eventualidad de un Acuerdo entre Bonn y Moscú. Si, por otra parte, se pone ello en relación con la reiteradamente manifestada conformidad del Gobierno comunista alemán, con el "statu quo" en la línea Oder-Neisse, se ve también el intento del equipo Grotewohl de hacer

causa común con Polonia ante una posible inteligencia de la U. R. S. S. y la República Federal.

Jugando con las próximas elecciones parlamentarias en la Alemania occidental, Grotewohl trata de atraerse al propio tiempo a la socialdemocracia, ofreciéndola posibilidades de entendimiento. En tal sentido, el presidente del Gobierno de Pankow la ofrece una "unidad de acción contra el militarismo y el capitalismo", pues la comunidad de intereses de las clases trabajadoras alemanas representa para el político soviético un objetivo común a todos los obreros alemanes de ambos lados del Elba.

Las próximas semanas traerán, sin duda, una delimitación de las posturas por parte de las principales partes interesadas, a saber, Bonn y Moscú, pero, sea cual sea la resolución definitiva que recaiga sobre el problema de la reunificación y aunque su solución no tenga un carácter inmediato, es indiscutible que nos encontramos en un terreno propicio para el diálogo, y del que puede salir, si no la reunificación misma, sí un acercamiento Bonn-Moscú que permita, más adelante, una continuación de conversaciones que no harán más que reforzar el terreno, cada día más sólido, que pisa el Gobierno Federal.

EMILIO BELADIEZ

